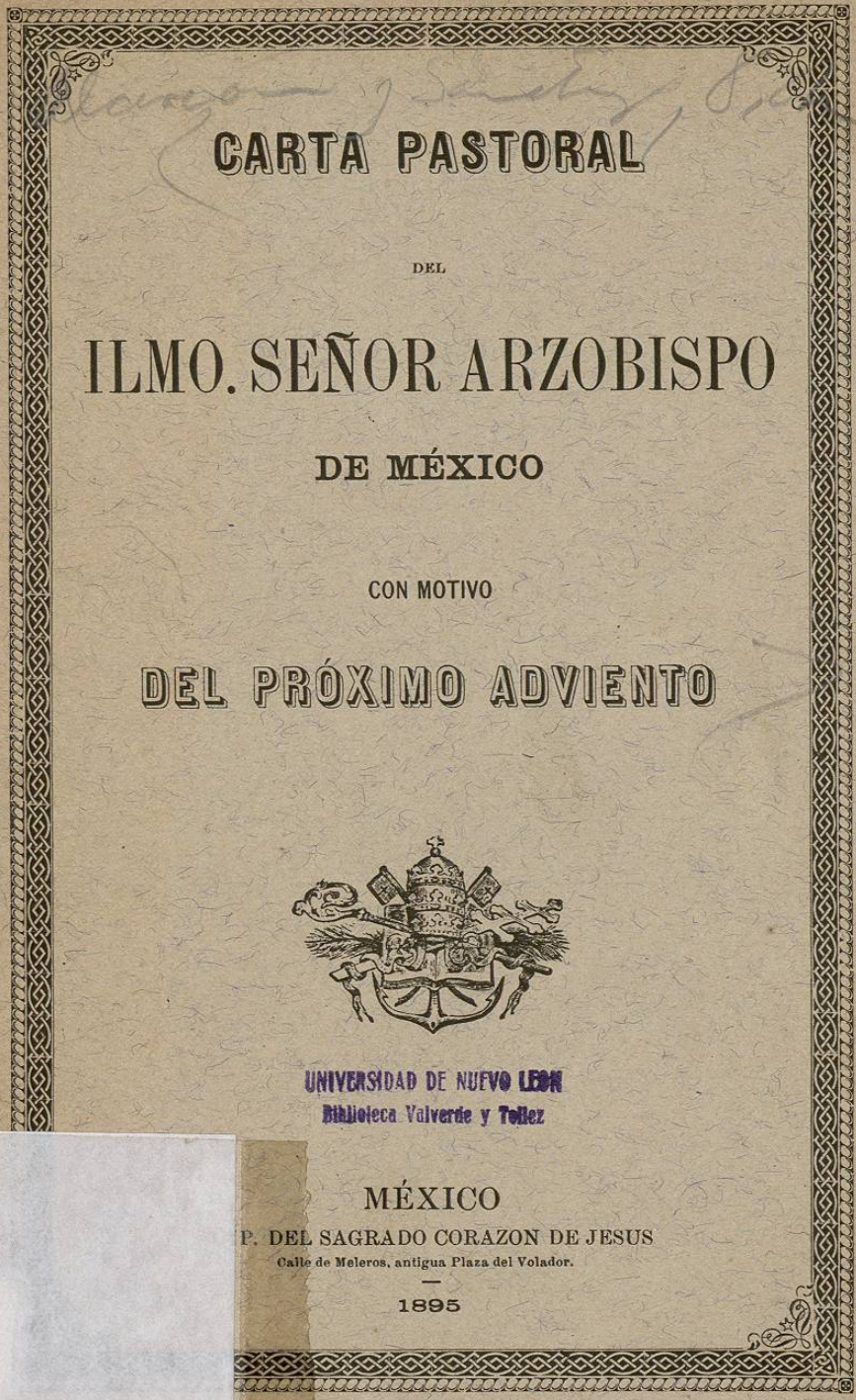


21 nov. 1895



Carta Pastoral

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SEÑOR ARZOBISPO

DE MÉXICO

CON MOTIVO

DEL PRÓXIMO ADVIENTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 Biblioteca Valverde y Tellez

BX874
 .A4
 C3
 1895
 c.1

MÉXICO
 P. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
 Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador.
 1895

3712

21

BX874

.A4

C3

1895

c.1

003772



1080027446



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Nos el Doctor Don Próspero María Alar-
con y Sánchez de la Barquera, por la gracia
de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de
México.

Al M. I. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metro-
politana, al M. I. Sr. Abad y Cabildo de la Insigne Colegiata de
Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero secular y regular, y á to-
dos los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en
Nuestro Señor Jesucristo.

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

Próxima la sagrada época del Adviento, en la cual la santa Igle-
sia nos invita con sapientísimas reflexiones á fijar con más intensi-
dad la consideración en nuestro eterno destino, y á prepararnos para
conmemorar con eficacia el Nacimiento de nuestro divino Salvador;
conviene sobremanera que, alejado por completo el corazón de terre-
nas aficiones y de frívolos pensamientos que de algún modo pudieran
oscurecer la serenidad de nuestras almas, meditemos sobre estas gran-
des lecciones del santo Evangelio, que, siguiendo el orden de la sa-
grada liturgia, vamos á exponer brevemente.

I

Predicaba nuestro divino Salvador en el pórtico del templo de Je-
rusalen, como nos refiere el evangelista San Lucas, y dijo á sus dis-
cípulos: "Y habrá señales en el Sol, y en la luna, y en las estrellas, y
en la tierra consternación de las gentes por la confusión que causará el

40974

003772

bramido del mar y de las olas. Los hombres se secarán de miedo en la expectacion de lo que vendrá sobre todo el mundo, porque las virtudes de los cielos se conmoverán. Y entónces verán venir al Hijo del hombre sobre una nube con gran poder y majestad. Y cuando estas cosas empiecen á suceder, mirad á lo alto y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redencion." Y les propuso esta comparacion: "Mirad á la higuera y á todos los árboles, cuando empiezan á producir el fruto conocéis que está cerca el estío. Así tambien vosotros cuando vereis suceder estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que todas estas cosas sucedan. Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán."

Entre esas señales de que nos habla nuestro amabilísimo Jesus, una es la de que el sol en aquella época tan temida se oscurecerá; y esto debe hacernos considerar que el Sol de nuestras almas, fuente inexhausta de esplendorosa luz y de vida consoladora, es Jesucristo nuestro Señor, y que este divino Sol aparece ya oscurecido para muchos que por desgracia se empeñan en no conocerle. Tales son, entre otros muchos, los cismáticos que componen las llamadas Iglesias de Oriente, ramas que un dia florecieron lozanas y vigorosas en el árbol frondosísimo de la Iglesia católica, y hoy, privadas de la divina savia de que en tanta abundancia rebosa el Corazon sacratísimo de Jesus, muéstranse totalmente desfiguradas, secas, faltas de verdadera vida. Despues que por su desdicha se apartaron de la verdadera Iglesia ¡cuán sostenidos esfuerzos no desplegaron los Papas San Nicolás I y Adriano II para apartarlas del funesto cisma en que las habian sumido la ambicion de Focio y la perfidia de Bardas á mediados del siglo IX! Y ¡cuán apostólico no se mostró el celo de San Leon IX, al rechazar con singular ilustracion y santa energía las injustas imputaciones que algunos cismáticos se atrevían á hacer á la Iglesia católica, acriminándola por emplear en el augusto Sacrificio del altar el pan ázimo, y prescribir el ayuno de los sábados durante la Cuaresma! "Lo que Jesucristo nos ha recomendado con más empeño, les decia el santo Pontífice, lo que en favor nuestro pidió á su Eterno Padre, es la paz y la union. ¡Ay del mundo por los escándalos! ¡Ay de los hombres miserables que rompen la union de la Iglesia, más crueles en esto que los mismos verdugos de Jesucristo, que respetaron al ménos su túnica inconsútil! ¡Baldon á la impiedad herética, que se esfuerza en dividir esta union indivisible! ¡Léjos de ella esos pérfidos

buitres, esas aves de rapiña que sólo viven con la muerte de otros! Que vuelva al Arca la Paloma, aquella Paloma mística, que reposando sobre la divina cabeza del amable Jesus, anima todo su cuerpo, que es la Iglesia. ¡Ay de los hombres soberbios, que miembros y precursores del Anticristo, funesto rey de los hijos del orgullo, no cesan de sembrar la peste de la cizaña en medio del trigo, y asolar, en cuanto de ellos depende, la mies que el cielo espera recoger!"

Por desgracia, estos ayes tiernísimos de intenso dolor no hallaron eco en los endurecidos corazones de los cismáticos, víctimas de la ambicion y del orgullo: la tenacidad que en sostener herejías y persistir en el cisma mostraron Cerulario y sus secuaces, pusieron á los legados del Papa Víctor II en la triste necesidad de fulminar contra ellos sentencia de excomunion. Y si en el siglo XIV, despues de tan extraordinarios esfuerzos por parte de Eugenio IV, manifestaron los griegos someterse á la santa Sede en el Concilio de Florencia confesando nuestra santa fe, pronto se arrepintieron, por desgracia, de esta union que debieran considerar era para ellos tan gloriosa; y de nuevo se precipitaron en el cisma, fecundo manantial para ellos de humillaciones y desdichas. Desde entónces, como desde el principio del cisma ¡cuán serias y paternales amonestaciones les dirigieron los sumos Pontífices, qué encíclicas tan oportunas y tan sabias, qué invitaciones tan delicadas y cariñosas, para que, deponiendo sus injustas prevenciones y sistemática hostilidad, abrazasen la verdadera fe de Jesucristo, y se uniesen á la santa Iglesia romana, único y efficacísimo remedio para salir de la abyeccion tristísima en que yacen, y fundadamente aspirar á felices destinos!

¿Cómo no apresurarnos á coadyuvar al paternal y sostenido interés con que nuestro inmortal Pontífice el Sr. Leon XIII atiende, en medio de su gloriosa pobreza, á la salvacion de las almas de aquellos desgraciados cismáticos? Gracias á su abrasado celo, bien podemos en alguna manera decir que, como en tiempo de Ezequiel al soplar el espíritu del Señor sobre aquellas secas y aisladas osamentas, "entró en ellas espíritu, y vivieron, y se levantaron sobre sus piés como un ejército numeroso en extremo;" así en esas desventuradas regiones en que el cisma vive todavía, aunque abatido y maltrecho, sobre numerosas familias por tanto tiempo muertas á la gracia y á la luz de la verdadera fe, ha soplado el Espíritu del Señor, dándoles nueva vida y formando con ellas como un ejército valeroso, que aumentando

las brillantes filas, numerosísimas ya, de los hijos de la Iglesia católica, no puede ménos de imponerse á sus obstinados enemigos, aún más que por el número, por la eficacia de su union y la viveza de su fe. Pero estas consoladoras conquistas, que tanto acrecientan la gloria del Corazon sacratísimo de Jesus, agotan por otra parte los recursos que la caridad de los fieles de todo el mundo católico ofrece al sumo Pontífice bajo el piadoso y antiquísimo título de *Obolo de San Pedro*; y preciso es que todos los que de hijos fieles nos preciamos, ayudemos con algunas limosnas á un objeto tan caritativo y de tanta gloria de Dios.

Para que de esta grande necesidad os formeis idea más precisa, hé aquí algunos párrafos de la Carta con que se ha dignado honrarnos la Santidad del Sr. Leon XIII: "A la caridad de la Iglesia, desde que comenzó á existir, se debe el origen de la práctica que poco á poco fué difundiendo por todas partes, de presentar *ofrendas á los piés de Pedro*. Porque ciertamente esta piedad de los fieles del orbe entero se esforzó siempre por atender en sus angustias al Vicario de Cristo en la tierra, al cual, habiéndosele usurpado por inicua persecucion y agravio el gobierno temporal y civil de que gozaba, se le despojó tambien de los recursos que, mediante su debida administracion, eran adecuado auxilio para llenar cumplidamente el encargo apostólico. Gracias, pues, á ese socorro del pueblo cristiano, hemos podido hasta aquí satisfacer en mucha parte las graves necesidades de Nuestro oficio; pero, aumentándose más cada día esas necesidades por ofrecerse nuevas ocasiones de trabajar más, por la misericordia de Dios, en creciente beneficio de la Iglesia y para obtener la salvacion de muchas almas, encontramos que Nuestras actuales circunstancias en punto á recursos, no Nos permiten obrar como quisiéramos. Deploramos una tal situacion, porque precisamente Nos hallamos á punto de comenzar á lograr el ardiente deseo á que hemos venido consagrando todos Nuestros desvelos: *traer á la unidad con nosotros á todos los pueblos disidentes*; teniendo encaminados de una manera principal estos afanes y cuidados á conseguir que las Iglesias de Oriente, que por tanto tiempo han estado separadas, vuelvan á la paz y estrecha union con nosotros. En verdad que abrigamos buena esperanza de que Nuestro empeño ha de tener un éxito feliz; mas para restaurar el antiguo esplendor de las Iglesias católicas que, encontrándose en muchas y grandes necesidades, reclaman auxilios casi para todo, es

muy necesario que Nos les acudamos con oportunos socorros, y con toda preferencia les proporcionemos desde luego los recursos necesarios para educar y formar á los jóvenes oriundos de sus mismos territorios, en quienes la Iglesia fija sus esperanzas. En tal virtud, y conociendo bien la piedad del pueblo Mexicano, esperamos que tú, venerable Hermano, hagas de modo que puedas cooperar con Nos en Nuestra expresada determinacion y deseo; pues á tu cuidado y diligencia corresponde hacer saber á los fieles una obra de tanta importancia como ésta, exhortándoles á que en la proporcion que les sea posible la apoyen y favorezcan con generosidad."

Y en su Encíclica "*Christi nomen*," que dirigió á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del mundo católico, les dice: "Para conducir de nuevo á la única Iglesia á todos los Orientales que de ella están separados, vosotros lo sabeis, venerables Hermanos, nada es tan esencial en primer término como reclutar un numeroso clero tomado de entre ellos mismos, un clero recomendable por la doctrina y por la piedad, y capaz de inspirar á los demás el deseo de la union; preciso es despues multiplicar cuanto sea posible las instituciones donde la ciencia y la disciplina católica sean enseñadas y puestas en armonía con el genio particular de cada nacion. Y para ello será muy oportuno abrir allí donde sea ventajoso casas especiales de educacion de la juventud clerical, y colegios en número proporcionado á la importancia de las poblaciones, á fin de que cada rito pueda ejercerse con dignidad, y que la difusion de sus mejores libros inicie á todos los fieles en el conocimiento de su culto nacional. La realizacion de estos proyectos y de otros semejantes necesitará, vosotros lo comprendéis fácilmente, grandes desembolsos á los que, como tambien sabeis, no pueden subvenir las Iglesias orientales por sí mismas en la medida que exigen tan numerosas y pesadas cargas, y á los cuales tampoco Nos es posible contribuir con la amplitud que Nos deseamos en los tiempos difíciles que atravesamos. Esto Nos obliga á pedir, dentro de los límites de la moderacion, la mayor parte de esos necesarios subsidios á la obra cuyo elogio venimos haciendo, y cuyo objeto concuerda perfectamente con el constante anhelo de Nuestro corazon."

Tales son, amadísimos hermanos é Hijos Nuestros, los vastos y salvadores designios que en favor de los desgraciados cismáticos viene realizando con inquebrantable constancia y á costa de tantos sa-

crificios Su Santidad desde hace tantos años. ¿Le dejaremos abandonado en su pobreza, y mucho más tratándose de una empresa tan noble y tan cristiana, los fieles mexicanos? No, ciertamente; que har- to sabidas son las expresivas muestras de especial consideración há- cia la Nación mexicana, que hace años venimos recibiendo de parte del augusto Vicario de Jesucristo, y nunca en verdad han sido pue- tos en duda los sentimientos de gratitud que atesoran los hijos de este país nobilísimo santificado por las virginales plantas de la Inma- culada Virgen de Guadalupe. Bien sabemos, además, que *«la limosna, como nos dice en el Libro de Tobías el Espíritu Santo: servirá de grande confianza delante de Dios á todos los que la hacen;»* porque da- da con buen espíritu y atrayendo sobre nosotros la gracia del Señor para vivir con arreglo á nuestra fe, *libra de la muerte eterna, purga los pecados* consiguiéndonos de la divina Bondad el perdón de ellos, *y nos hace hallar misericordia y vida eterna.* Y es tanto lo que en la limosna se complace Dios Nuestro Señor, que la recomienda con es- tas significativas palabras del mismo Libro de Tobías: *«Encargad á vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas. . . .»* Y si tan aceptas le son las limosnas dadas á los pobres en necesidades ordina- rias, ¿cuánto mayor mérito no tendrán ante Él las que se ofrezcan á su augusto Vicario sobre la tierra, y mucho más habiendo de ser direc- tamente destinadas á la salvación de las almas, por las cuales derramó en el Calvario toda su sangre preciosísima? De grande consuelo debe ser para nosotros aquella apreciable promesa, que solemnemente nos hace á todos el Señor y ha quedado consignada en el Evangelio de San Mateo: *«El que recibe á un profeta en nombre de profeta, galardón de profeta recibirá;»* es decir, el que coopera con sus limosnas á los trabajos que llevan á cabo los predicadores evangélicos anunciando la fe de Jesucristo, será proporcionalmente participante de los gran- des méritos y de los premios amplísimos que están reservados á los misioneros; porque los grados de gloria que el Señor concede á sus servidores en el cielo, mídense por los grados del amor de Dios y de la caridad que con el prójimo se ha desplegado sobre la tierra: y gran- de prueba es ciertamente de divino amor trabajar con eficacia en uno ú otro sentido por la salvación de las almas, ayudando á los predi- cadores apostólicos.

Con encarecimiento, pues, os recomendamos, amadísimos Herma- nos é Hijos Nuestros, que acudais con vuestras limosnas en auxilio

de nuestro venerable Pontífice y de las importantísimas obras que está realizando entre los cismáticos de Oriente para grande gloria de Dios. Y encargamos con empeño á los señores párrocos y capellanes, que desde luego exciten con este objeto la piedad de los fieles, y co- lecten con la mayor diligencia en sus respectivas Iglesias las limosnas que á este fin sean ofrecidas, para que á la mayor brevedad posible podamos enviarlas como aguinaldo á Su Santidad en nombre de Nues- tros amados diocesanos. Pueden ser entregadas también en nuestra Secretaría ó al Sr. D. Jesus Urquiaga calle de Medinas núm. 7.

II

Refiérenos el evangelista San Mateo, que cuando el santo Precur- sor estaba en prisiones por haber reprendido á Heródes con santa libertad su escandalosa vida, oyó hablar de las obras maravillosas que hacia nuestro divino Salvador; y deseando que sus discípulos tu- viesen claras noticias acerca de Él y de la doctrina que predicaba, envió á dos de ellos para que le preguntasen: *«¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?»* Y respondiendo Jesus, les dijo: *«Id á contar á Juan lo que habeis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. Y bienaventurado es aquel que no se escanda- lizare de Mí.»* Pero, idos ellos, empezó Jesus á hablar, de Juan al pue- blo: *«¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? Pero ¿qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? Los que delicadamente visten, están en las casas de los reyes. Pero ¿qué salisteis á ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo digo, y más que profeta. Por- que éste es de quien está escrito: «Hé aquí envío yo mi ángel delante de tí que preparará delante de tí tu camino.»*

Admirable es, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, la pureza de intención con que San Juan Bautista buscaba la verdad, y exci- taba también á sus discípulos á que la buscasen en el conocimiento del divino Mesías. Esto era lo que hacia tantos siglos venia recomen- dando el Espíritu santo en el Libro de la Sabiduría: *«Buscadle con sencillo corazón.»* Bien léjos de seguir este divino consejo, los fariseos, impulsados por intenciones bastardas, pedían al divino Salvador que les dijese si él era el Cristo, pero no ciertamente con el fin de ado- rarle, ni con el de admitir y practicar sus sagradas enseñanzas. Tal

es el carácter de los hombres de mala fe en sus relaciones con Dios Nuestro Señor: tal la funesta manía de los espíritus supersticiosos, que se imaginan, temerarios, poder encontrar la verdad, buscándola fuera de Dios por medios reprobados, y, muchas veces, abominables. Porque gravísimo pecado es pretender adivinar los sucesos futuros ó las cosas ocultas, invocando de una manera expresa ó tácita el auxilio del demonio, puesto que se trata de conocer algo que naturalmente no puede ser sabido. Contra esto nos previene el apóstol San Pablo en su Carta á los fieles de Éfeso, diciéndonos: "*No queráis dar lugar en vosotros al demonio.*" Y la razon es, porque el demonio es el enemigo eterno de Dios, y se esfuerza en engañarnos para perdernos: promete á los hombres satisfacer sus deseos, su ambicion ó su curiosidad, diciéndoles en cierto modo lo mismo que un día se atrevió á decir á Cristo Nuestro Señor: "*Todo esto te daré, si, postrándote, me adoras;*" y la verdad es que muchas cosas, como que son contingentes y futuras, no las puede saber, y para dar noticia de otras válese con frecuencia de mentiras y anfibologías. De tal manera se opone al espíritu del catolicismo esta criminal pretension de consultar á los infernales espíritus, que los sacerdotes de los ídolos, ántes de solicitar la respuesta de sus diabólicos oráculos, clamaban en alta voz: "*Fuera de aquí el lavado y el unguido,*" ó sea el cristiano que ha sido lavado y regenerado por las aguas del bautismo, y unguido con el sagrado crisma en el sacramento de la confirmacion.

Cualquiera puede fácilmente comprender que invocar á los demonios con palabras ó señales de cualquier género, es una verdadera impiedad; pues en esto se prescinde positivamente de Dios Nuestro Señor y se pide consejo y auxilio á su mayor enemigo. Este pecado gravísimo fué el que determinó la muerte temporal, y tal vez igualmente la eterna, del rey Ococias, por haber mandado consultar al ídolo de Accaron si sanaria de la enfermedad que entónces le aquejaba. Es, además, una insensatez; pues los infernales espíritus sólo pueden conocer los hechos externos, y únicamente por conjeturas lo que depende de causas necesarias. Imagínanse algunos desgraciados al recibir algunas respuestas ó comunicaciones de Satanás, que ya pueden disponer de él á su placer para proporcionar completa satisfaccion á sus gustos ó á su funesta curiosidad; pero, como dice muy bien Enrique de Cassia en sus Comentarios sobre el Génesis, el demonio "*finjese preso por tí, para prenderte; vencido, para vencerte; sujeto á tu*

imperio, para dominarte; y que por arte ó industria tuya ha quedado como ligado á una imágen ó á una piedra, para más fácilmente ligarte con cuerdas de pecados y precipitarte despues en el infierno." Constituye, por otra parte, este abominable pecado un gran peligro; porque fuera de la culpa gravísima que en esto se comete, sucede alguna vez que el demonio quiere cobrar anticipadamente sus inicuos servicios, haciendo desaparecer para siempre al temerario que le consulta. El famoso Pico de la Mirándula refiere que eso hizo el demonio con un infeliz que habia invocado su favor, para que le ayudase á representar en un teatro el combate de dos héroes de Troya, Aquiles y Héctor, á fin de satisfacer la curiosidad de un príncipe.

Y no se diga que bastan, para producir ciertos efectos maravillosos, las palabras ó los gestos mismos, pues no hay natural proporcion entre estos y aquellos; esas palabras por su naturaleza son muertas, y escritas en el papel sólo pueden significar algo, no hacerlo; pronunciadas, sólo pueden herir el aire como cualquier otro sonido; y tan estériles como las palabras son en este caso los gestos. A los que en estos medios tan criminales se ocupan, bien se les podrian recordar aquellas enérgicas palabras, que conmovido de profundo dolor el corazon dirigia San Pablo á los fieles de Galacia: "*Oh insensatos Galatas, ¿quién os ha fascinado para que no obedezcais á la verdad, vosotros á quienes yo he hecho conocer á Jesucristo, tan vivamente pintado y como crucificado á vuestros ojos?*" De nuevo le crucificais; pues habiéndole prometido fidelidad en el bautismo, y renunciado al demonio, ahora, renunciando á Cristo, comunicais con los demonios y haceis pacto con ellos.

Y que este linaje de portentos verifican con intervencion del demonio, ya lo decia hace muchos siglos uno de los filósofos paganos, que con más tenacidad hicieron la guerra á la Iglesia católica. "Todo el que no domina al demonio y se deja vencer de él, se expone á ser el juguete de mil movimientos desordenados cuando él enciende el fuego de la cólera ó el ardor de la concupiscencia. . . ." "Verifican-se por la virtud de los demonios embusteros todo género de prodigios. Así, todos los charlatanes que se entregan á operaciones mágicas, respetan á estos embusteros demonios, y particularmente á su jefe. Estos hombres tienen á su disposicion una multitud de engaños, y saben fascinar los ojos de las turbas con mil prodigios asombrosos. Por su medio preparan los demonios embusteros sus filtros ponzoñosos, que